



Beatriz Galindo, amiga ejemplar

POR T. C.



A muy noble ciudad de Salamanca gozaba fama merecida en toda Europa de ser uno de los más altos faros de la cultura y la sabiduría universales. A fines del siglo XV profesaban en sus cátedras y ocupaban los bancos estudiantiles los hombres que, muy pronto, iban a extender por los espacios dilatados de un Mundo Nuevo una de las más bellas lenguas de la tierra, en la que redactarían con las más sutiles expresiones un Derecho, una Teología, una Mística, una poesía y una novela españolisimos e imperiales, que habrían de influir enormemente en el pensamiento universal. Todo el ámbito de la vieja ciudad del Tormes exhalaba el perfume sutil de laureles y rosas de jardín académico que ya se había respirado antaño en Atenas y Roma y que ahora llenaba —renovado de matices riquísimos— las ciudades de Italia, Francia, Flandes y Alemania, en las que despertaba de su

sueño milenario el inmenso saber de los antiguos para vestirse con las galas espléndidas de la experiencia y la curiosidad moderna. Fundidos en una España única y potente los grandes Reinos de Castilla y Aragón; a punto de lograrse la unidad política y espiritual con la definitiva derrota de los invasores mahometanos y de hacerse a la mar las carabelas de los descubridores, Salamanca —piedra y espíritu— adquiriría prodigiosamente la conciencia de su misión alzando iglesias y palacios de novísimo estilo arquitectónico y acogiendo en sus aulas a profesores y discípulos de todas partes, que se expresaban en el más clásico latín. Estudiantes, bachilleres, licenciados, doctores, retóricos, músicos, físicos, cosmógrafos y teólogos discurrían por sus plazas y calles, saturándolas de conceptos agudos, de silogismos escolásticos, de buen decir y de afán de exactitudes y bellezas. La Universidad, desbordando de sus colegios, conformaba la vida